

La Ilustración Artística

AÑO XVIII

BARCELONA 10 DE ABRIL DE 1899

Núm. 902



LAS PRIMERAS FLORES, cuadro de O. Blum

petidos sin cesar un día y otro, con el acompañamiento de las libaciones del aguardiente, concluyen por enronquecerlos ó destruir sus pulmones, si antes la fortuna no se les muestra favorable, y entonces está bléncense en alguna accesoría con un puesto de freir, donde no es difícil que con muy corto capital encuentren medios hábiles para sustentarse.

Extraordinario es el consumo de mariscos y pescados que se hace en todas las ciudades andaluzas próximas a las costas.

La facilidad de las comunicaciones ha favorecido de modo extraordinario este comercio, y en los figones, tabernas y colmados derróchase la manzanilla acompañada de ostiones, cangrejos, almejas, ostras y cañadillas, langostinos y bogavantes, acedias, salmonetes y toda suerte de pescados, que á excepción de los mariscos sírvense fritos, pero con tal arte, que puede asegurarse que operación tan sencilla como esta requiere suma habilidad en su ejecución, capaz de desesperar á los grandes cocineros, don singularísimo que parece vinculado en ciertos freidores.

Así se explica que por las noches, al momento de la llegada de los trenes, agólpense las gentes á las puertas de las freidurías, y ya ni el apuesto caballero de brillante chistera, ni la elegante dama se desdennan de acudir á estas tiendas, confundiendo con la flamenca y con el mozo terne, para salir todos llevando sendos cartuchos de amarillento papel de estraza, en los cuales se contiene el pescado acabadito de freir, que aún chirría y va dejando al andar el penetrante olor que lo caracteriza y que lo delata.

Bajo la amplia campana que cobija las hornillas, hierve y chisporrotea el aceite en una sartén que más se asemeja por sus proporciones á gran caldera: allí dentro se fríen kilogramos de pescado, que de vez en cuando mueve ó cambia de posición el freidor con enorme espumadera, la cual por su brillo parece de bruñida plata, y mientras tanto su ayudante prepara las piezas grandes ó pequeñas, cortando las segundas con afilado cuchillo, que le permite sacarlas delgaditas, pasándolas inmediatamente á una gran caja llena de harina, donde las vuelve y revuelve, y tomando una por una las golpea entre las palmas de sus manos, hasta hacerles perder la cantidad de harina que juzga conveniente.

Cosa es de ver la presteza y agilidad con que el freidor y su pinche, cubiertos los pechos con largos mandiles de blanquísimo lienzo, remangada la camisa por encima del codo, efectúan todas estas operaciones, que dan por resultado llenar con el pescado ya frito los grandes lebrillos vidriados que puestos sobre el mostrador incitan al transeunte, el cual no resiste á la tentación, y allí se detiene hasta conseguir su cartucho.

Pero atravesemos el zaguán ó portal donde se halla instalada la cocina para llegar al pequeño patio ocupado por varias mesitas de pino, tan limpias y blancas que el más pulcro no tendría inconveniente en comer sobre sus mismas tablas, pues á fuerza del cotidiano y esmerado aseo puede decirse que están bruñidas ó barnizadas.

Más de una amorosa pareja encontraremos que se regodea libando del vinillo de la hoja, ó de la aromática manzanilla, presentada en las típicas bateas de reluciente metal ó de hojalata, cuyo líquido facilita el descenso hasta el estómago de las aceitunas negras aliñadas ó de las verdes, sin que falte para amenizar la modesta cena algún tocador de guitarra, que con su instrumento acompaña sus cantos de soleares y jaleo, de seguidillas y peteneras.

El freidor sevillano y su tienda son más dignos de la pluma de *Figaro* que no de la mía, hartó desaliñada, y capítulo aparte merecen entre los más habilidosos de esta tierra los que se dedican solamente á freir las *tajadas* de bacalao ó *soldados de pavía*, que sin que yo sepa el origen del vocablo, así las llaman, las cuales también requieren un arte especial por parte del freidor, sobre todo para el preparado de la masa en que son rebozadas ó envueltas y en el punto que ha de darse al aceite.

Estas tiendas, que antes de la facilidad de comunicaciones gozaban de gran auge, han ido perdiéndolo, y las más típicas hay que buscarlas en los ba-

rrios adonde se han retirado, cediendo los sitios céntricos de la ciudad á las más acreditadas y concurridas freidurías de pescado.

Si tú, lector amigo, no conoces á Sevilla y alguna

casa al obscurecer ó antes, en verano, y regreso, indefectiblemente, á las nueve de la mañana; me acuesto y hasta la noche.

— Es verdad. En esta casa ya sabe usted que hay mucho orden.

— Sí, el necesario.

— Y mucha vergüenza.

— Sí, la indispensable.

— No, Sr. D. Jenaro, mucha más de la indispensable.

— Pues eso quise decir: exceso de vergüenza.

— Hay dos criadas limpias, leales, activas y prudentes.

— Aunque les esté mal el decirlo al público.

— ¿Y calladas? Como dice aquel personaje de comedia: «La tumba es una cotorra, comparada con ellas.»

— Sí, son buenas chicas, y sanas.

— ¿Que si son? Mire usted: en la habitación de la esquina hay un matrimonio forastero y se dan cada paliza... Pues las chicas, que lo han visto, ni siquiera han dicho palabra.

— ¿Y cómo lo sabe usted, doña Mónica?

— Hombre, por tonta que una sea, adivina esas cosas en seguida.

* * *

— Señora, yo no sé quién anda en mis cosas.

— Usted dirá, hija mía.

— Todos los días encuentro revuelto el ropero.

— Las muchachas, que son muchachas al fin y al cabo, y amigas de enterarse de todo; pero no tenga usted cuidado, señorita Delfina, que no se repetirá. ¿Qué tal, está usted á gusto en la casa? Y no tengo que repetir á usted que cuando necesite algo, me mande, ¿eh?

— Mil gracias, señora.

— ¿Usted es huérfana?

— Huérfana, sí, por mi desgracia.

— ¡Ay, también yo lo era hasta que me casé!

— ¿Cómo?

— No, no; digo que en cuanto me casé dejé de verme sola. Y yo no servía para ganarme el sustento como usted; por eso me casé, precisamente, con Nicasio.

— Yo estoy contenta, relativamente: encargada de un obrador, disfruto de ciertas deferencias, y voy tirando.

— ¿Tirando? No tendrá usted mucho que tirar, por desgracia, hija.

— Es un decir.

— Sí, sí, ya entiendo. Yo nada le digo; aquí estamos para servirnos unos á otros; y en cuanto note usted alguna falta, avise en seguida. Hija mía, quiero que no eche usted de menos la casa paterna, en lo que esté en mi mano.

* * *

— ¡Pero qué mujer tan hermosa! ¡Y es muy joven y muy bien educada!

— ¿Quién, D. Jenaro?

— Una que sale de esta casa: en dos ó tres días he tropezado con ella dos ó tres veces.

— Será alguna vecina.

— Doña Mónica, ¿lo ve usted?

— ¿Qué? ¿Qué es lo que veo?

— ¿Qué ha de ver, señora? ¡Un corsé entre mis paños! Ahora ¿continuará usted sosteniendo que nadie entra en mi cuarto? Y este aroma..., huele á mujer á una legua.

— Mandé á las muchachas que abrieran para que se ventilase.

— ¿Y este corsé? Vamos á ver, ¿de quién es este corsé?

— Ese corsé es mío.

— ¿De usted? ¿Usted este talle? Doña Mónica, no sea usted vanidosa.

— ¿Duda usted?

— ¿Qué he de dudar? Estoy seguro de que no es de usted. ¡Digo! ¿y este retrato? Un retrato.

— El de mi difunto.

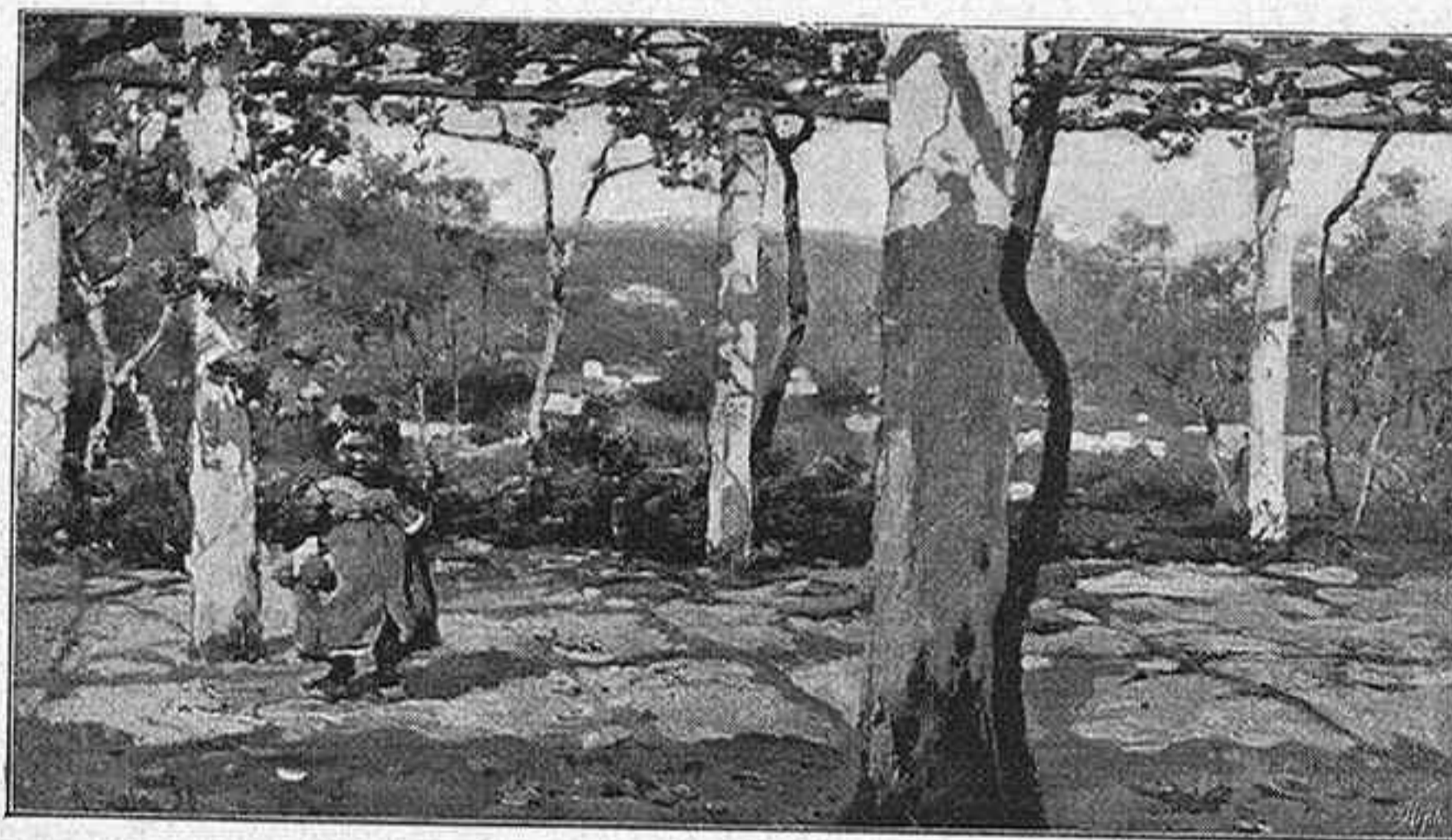
— Está bien. ¿Y este pañuelo con iniciales que no corresponden á su nombre y á su apellido? ¡Y qué olor tan rico! ¡Olor de juventud y de hermosura! Doña Mónica, ¿también?..



EN EL CAMPO, cuadro de Rafael Correa (Salón Parés)

vez se te antoja venir para apreciar las particularidades de este pueblo, no dejes, te lo encarezco, de entrar una noche en la primera tienda con que tropieces, y con *dos reales de pedacitos, medio real de aceitunas, un cundis y vino de la hoja*, total cuatro reales incluso la propina, te aseguro que has de salir satisfecho y agradecido del consejo que te doy.

J. GESTOSO Y PÉREZ



UN RINCÓN DE MI HUERTO, cuadro de Alfredo Souto (adquirido por S. M. la Reina Regente)

TURNO PAR

— Están «los tiempos» malísimos y es necesario aprovecharlo todo para vivir. ¿Que cae un pupilo? A echarle el guante.

— ¿Que no paga? Mejor.

— No suponga usted eso ni en broma, D. Jenaro.

— Hay de todo, señora, hay de todo.

— ¿A quién se lo cuenta usted? ¡Pues si me pagarán lo que me deben los pupilos que han estado en mi casa!.. Me atrevería á regalar á usted una cajita de habanos.

— Gracias, doña Mónica, gracias; no me regale usted y procure que no me enreden las chicas en la habitación.

— D. Jenaro, en ese cuarto nadie entra más que yo.

— Es raro: porque usted no tendrá ciertas curiosidades.

— En mi vida he sido curiosa; limpia, sí; pero curiosa, jamás.

— Ya usted ve que yo poca guerra doy: salgo de



CONVALECIENTE, cuadro de Manuel Feliu (Salón Parés)

- Usted se ha vuelto loco.
- Niégume usted ahora que entra alguien en mi cuarto

* *

- (Esta vez no te escapas.)
- ¡Caballero!..
- ¡Señorita!..
- Tenga usted la bondad de no seguirme.
- ¿No quiere usted que la acompañe?
- Mucho menos.
- ¡Cómo ha de ser!
- Esto ya es verdaderamente ofensivo. Suplico á usted que se retire y no abuse de su imprudencia para desacreditarme.
- Está bien. Adios, señorita.
- ¡Caballero!
- ¿Qué dispone usted?
- Esa insistencia dará lugar á que reclame el auxilio de la autoridad.
- Señorita, voy á mi casa.
- ¿A su casa?
- Sí, señora.
- Basta.

Toca el timbre.
Doña Mónica abre la puerta.
- ¡Juntos! Ya decía yo que había gato.
- ¿Pero qué decía usted?
- ¿Es el esposo de usted este caballero?
- Joven, no autorizo á usted para que se burle.
- Señorita, no gaste usted bromas de ese género... fúnebre.
- ¿De modo que ustedes se conocían y se han burlado de mí?
- ¿Qué? ¿También aquí?
- Voy á mi habitación.
- ¡La mía! Ese es mi cuarto.
- Pero no imaginen ustedes que yo consentiré en mi casa semejante cosa.
- Pero doña Mónica, si yo no conozco á esta señorita.
- Ni yo á este caballero; puede usted estar tranquila.
- ¡Yo!
- Su esposo nada tiene que ver conmigo.
- ¡Dale!
- ¡Vuelta!.. ¡Ya, ya! ¿De manera, señora doña Mónica, que esta señorita y yo hemos estado viviendo en una misma habitación?

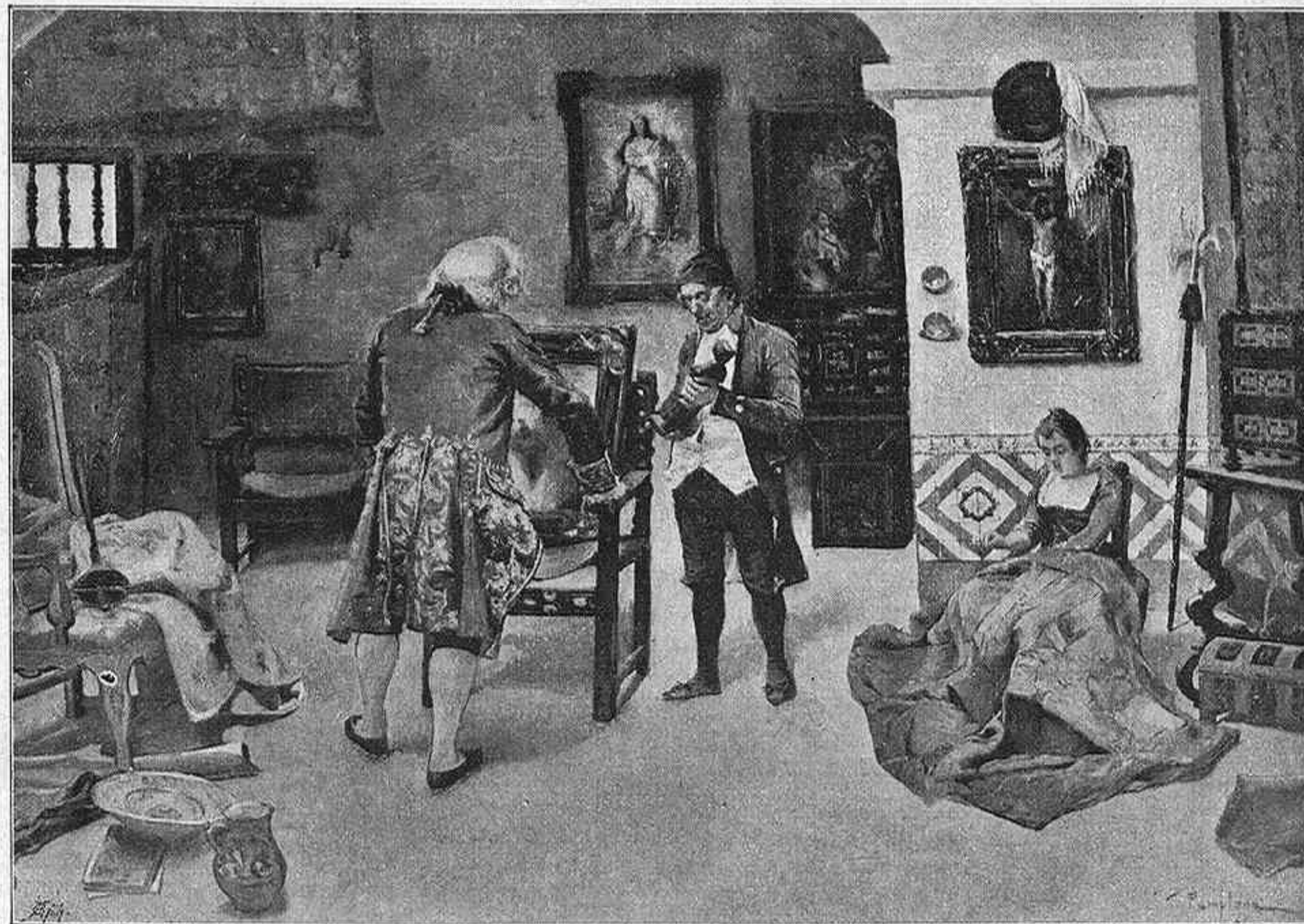
ahí que hoy nos limitemos á llamar la atención de nuestros lectores respecto del cuadro titulado *El anticuario*, cuyo asunto, si bien nos recuerda épocas y corrientes artísticas que ya pasaron, demuestra la habilidad del pintor y atestigua el estudio que ha debido realizar para reproducir fielmente los pormenores que constituyen el cuadro: estas cualidades bastan por sí solas para acreditar á un artista.

* *

Salida de misa, cuadro de Luis Beut.—El primoroso cuadro de caballete titulado *Salida de misa* es muestra evidente de la facilidad de ejecución que se revela en todas las producciones del discreto pintor valenciano Luis Beut, el aventajado y predilecto discípulo del decano de los artistas de aquella región Sr. Agrasot. En el lienzo de que hacemos mérito recomiendase el fondo por el concienzudo estudio de la portada de una de las más hermosas iglesias de la ciudad del Turia y por la disposición de las figuras, que contribuyen á explicar el asunto, acertadamente pintadas y dignas del buen nombre que se ha conquistado el Sr. Beut.



SALIDA DE MISA, cuadro de Luis Beut



EL ANTICUARIO, cuadro de Timoteo Pamplona

En el campo, cuadro de Rafael Correa (Salón Parés).—De carácter señaladamente transpirenaico es el gran lienzo del discreto pintor chileno Rafael Correa, cuyo título se ajusta al asunto desarrollado por su autor. Una campesina abrevando una vaca es el tema desarrollado por el artista, que ha logrado ejecutar una obra muy recomendable, puesto que el paisaje constituye un hermoso fondo, sin que distraiga ni menoscabe el valor de la figura de la garrida campesina y de la vaca, trazada en algunos trozos con gran relieve, demostrando las aptitudes del pintor y la justicia con que el gobierno de su país le otorgó la pensión de que disfruta.

* *

Un rincón de mi huerto, cuadro de Alfredo Souto.—Retirado Alfredo Souto en la hermosa región gallega, es el digno representante del movimiento artístico de aquellas provincias, el que más cumplidamente interpreta en el lienzo las bellezas que su país encierra y el que mayores muestras da de sus no comunes aptitudes é inteligencia. Sus cuadros, ajustados al natural, distingúense por la exactitud de los tonos y la precisión de la pincelada, preciosos en el colorido, pero siempre trasunto de la verdad. El que hoy publicamos en estas páginas es un bello estudio al aire libre, que ha sido adquirido por S. M. la reina regente.